

EL SEÑOR BAJITO DE NEGRO

Un sábado de principios de diciembre de hace bastantes años, llamaron a la puerta de mi piso. Abrí, y me encontré con un joven con barba y melena que preguntaba por mí. Me identifiqué y, sin decir nada más, me alargó una enorme sombra negra que, en un principio, pensé que sería un paraguas medio abierto. Retrocedí asustado y, fijándome mejor en aquella sombra, observé que en realidad era un pavo colgado cabeza abajo. ¡Estaba vivo y me miraba fijamente!

Lo primero que hice con el pobre pavo fue liberarle, pues venía con las patas atadas; él, en agradecimiento, tras sacudirse, hasta colocar todas las plumas en su sitio, me obsequió con una generosa caquita de dimensiones cósmicas en el medio del salón.

En mi familia no entendíamos de pavos, pero nos parecía que, para pavo, era alto, muy alto; sobrepasaba el metro con la cabeza en posición alta. De hecho, era más alto que mis hijos de cinco y tres años.

Era serio y circunspecto. Y con su ropaje negro tenía el aire de un empleado de pompas fúnebres; aunque, el capirote rojo —dos o tres tallas mayor de lo que le correspondía— le daba un aspecto más de verdugo que de enterrador; aun así, se ganó la simpatía de toda la familia por sus movimientos lentos y elegantes, su gesto altivo, sus andares distinguidos y orgullosos, su actitud vanidosa y sus poses afectadas de aristócrata rancio; no le faltaba más que el monóculo. La verdad es que nos recordaba muchas veces a don Jaime de Mora, probablemente el último noble que ejerció y presumió de tal.

El problema es que no sabíamos qué hacer con don Jaime, porque así le bautizamos en el momento en el que el veterinario nos confirmó que no tendríamos huevos y que se trataba de un excelente ejemplar macho. Aunque mi mujer solía referirse a él como ese «señor bajito de negro» que anda por casa; a mí me hizo gracia, y terminamos todos llamándolo así.

Por supuesto que no se nos pasó por la cabeza que fuéramos a comérselo. Era un pensamiento aberrante, un comportamiento casi casi caníbal. Tampoco lo

podíamos tener en casa para siempre. Descubrimos que los pavos son muy gregarios y siempre estaba pegado a nosotros. Claro, nosotros éramos su manada, pero era bastante incómodo.

Al principio, cuando salíamos de casa, lo dejábamos en la terraza, pero en cuanto nos veía en la calle se volvía loco a llamarnos con un desafinado y grotesco grito que encogía el alma, pues se parecía al sonido que pudiera emitir alguien a punto de ahogarse, glu-glu-glu. Y, para más desasosiego, extendía las alas y las batía como si pretendiera sobrepasar la barandilla y salir volando detrás de nosotros. Aquello era muy inquietante: vivíamos en un noveno piso y sus alas desplegadas llenaban la terraza. El-señor-bajito-de-negro con las alas extendidas alcanzaba bastante más que yo con mis brazos abiertos.

Pasaron las fiestas navideñas y El-señor-bajito-de-negro era ya uno más de la familia. Seguíamos sin saber cómo colocarlo. El carnicero nos decía que se lo bajáramos, que él se encargaría del pavo. Pero, nos parecía cruel y egoísta por nuestra parte. Sobre todo, después de enterarnos por el veterinario de que era de pura raza española negra, y que, por si esto fuera poco, probablemente tuviera un pedigrí que lo emparentaba con los guajolotes aztecas del mismísimo Moctezuma.

El-señor-bajito-de-negro era muy listo. Jugaba con mis hijos al escondite y le encantaba que mis pequeños le acariciaran la carúncula, la piel colgante que tenía debajo del pico. Parecía que entraba en éxtasis, cerraba los ojos, levantaba la cabeza y hasta llegaba a perder las formas, el equilibrio y se caía de culo.

Por febrero, aprendió a hacer sus cositas en la caja de cartón con arena de gatos que le pusimos en un baño. Comía a nuestra hora y, eso sí, exigía su comida con puntualidad inglesa dando picotazos sobre una mesa baja del salón.

En cuanto a su sociabilidad, ¿qué decir? Cuando sonaba el timbre, era el primero que iba corriendo a la puerta, pero yo creo que era más por cotilleo que por socializar, porque no todo el mundo le agradaba. Pronto descubrimos que le gustaban algunas mujeres, no todas, porque parecía que les hacía una especie de danza nupcial: esponjaba todas las plumas, bajaba las alas, abría la cola en abanico, como los pavos reales (pero a su nivel, claro) y echaba la cabeza hacia atrás, como para tener una mejor perspectiva del conjunto de la fémina. Nos hacía gracia lo guapo y elegante que se ponía. Pero, un día descubrimos que también se lo hacía a ciertos hombres, aunque, en estos casos, la danza iba

acompañada por ruido de plumas de alas rozando el suelo y movimientos lentos a su alrededor. El aspecto era más amenazante que seductor. Y como iba armado de unos buenos espolones, cuando alguien no le caía bien, terminábamos por encerrarle antes de tener un disgusto.

Llegó el verano y el problema se agrandaba. El-señor-bajito-de-negro alcanzó los doce kilos. Parece ser que nuestro pienso, alfalfa y cariño le sentaban bien.

El problema alcanzó tal dimensión que pedimos a todos nuestros amigos que preguntaran en sus pueblos por si alguien lo quería adoptar, pero no para comérselo, que tenía nombre propio. Por fin, un día nos llegó la agradable noticia de que lo adoptarían en un pequeño cortijo en Extremadura.

El día que pasamos a verlo, meses después de su adopción, El-señor-bajito-de-negro vino corriendo con las alas extendidas a abrazarnos. Le seguía de cerca un numeroso grupo de pavos que no dudaron en rodearnos para presenciar de cerca la entrañable escena del reencuentro. Más tarde, los dueños del cortijo nos contaron que aquel grupo componía su harén de pavitas y que, salvo por alguna que otra disputa con el gallo del corral, aparentaba ser enteramente feliz.

La despedida fue un tanto lacrimógena. Por el espejo retrovisor yo veía a El-señor-bajito-de-negro, seguido de su inseparable harén, que batía las alas y corría tras el coche, hasta que le pareció que había perdido la compostura y había llegado demasiado lejos.

Volvimos de visita todos los veranos y vimos su familia crecer durante once años. El-señor-bajito-de-negro nunca perdió sus ademanes regios, excepto cuando le acariciabas la piel colgante por debajo del pico y entraba en éxtasis.

(por Tajalápiz)